

CAPÍTULO XV

LA CULTURA CALVINISTA Y EL LLAMADO CRISTIANO

Hay un antiguo proverbio Holandés a este respecto de que el trabajo es para los estúpidos (*Het werk is voor de dommen*), el cual valora al trabajo como un mal necesario. Esta era ciertamente la opinión de los Griegos en el período clásico. Ellos consideraban al trabajo degradante y apropiado solo para los esclavos. Sostenían que un hombre libre debía llevar una existencia espiritual la cual es creativa, sin la necesidad del trabajo para la preservación de la vida física. Agustín, como hemos visto, no se libró de este pensamiento pagano, y en la Edad Media fue perpetuado en la estructura de clases feudal de la sociedad, en la que la actividad espiritual del clero forma la cumbre de la honra social. La dualidad de materia y espíritu es así transportada a la cultura Occidental de manera que el trabajo manual es considerado “inferior,” mientras que la actividad cultural creativa es considerada “superior.”

Sin embargo, el advenimiento de la revolución industrial y del capitalismo ha producido la organización económica de la sociedad con su énfasis en la producción. Esto fue estimulado por el mito Marxista de

que el hombre como trabajador es la fuente real de riqueza, y por teoría económica de la historia, según la cual el ocio de los pocos es visto como la explotación de los muchos. La creatividad cultural era un lujo parasitario a expensas del espantoso trabajo pesado y monótono del hombre de la masa. El resultado práctico en América es que el lechero es más importante que el maestro de escuela y un colector de basura de Chicago recibe una remuneración más alta que la mayoría de profesores universitarios. Sin embargo, aunque la jerarquía comunista de valores el obrero es el portador del ideal de la civilización, el pensamiento básico de que los valores económicos son los más altos en el mundo no es realmente una invención de Marx, sino el resultado de la secularización que siguió al Renacimiento, y ocurre simultáneamente con el Naturalismo. Pues si no hubiera mayor meta que comer y beber y ser feliz, si el hombre es básicamente un gusano de tierra o un animal superior que meramente retorna al polvo, ¿por qué no habría de volverse la cuestión de la comida y la bebida y la comodidad animal en la obsesión de la mente del hombre? Si el dinero gobierna al mundo

porque compra lo que el hombre quiere para “disfrutar” en esta vida, entonces ciertamente deberíamos darle algo de honor a Marx, quien opinaba que los muchos debían de poseer los medios de producción y por esa razón tener una proporción de los frutos de la producción.

Sobre esta base se halla una razón materialista para la necesidad de trabajar, a saber, para comer. El hombre no come para vivir, sino que vive para comer y consumir, y trabaja para cumplir sus deseos en el ámbito de los apetitos animales y de los deseos de la carne. Mientras que la filosofía Griega llamaba al cuerpo la prisión del alma, y el trabajo manual era considerado degradante, solo digno de esclavos, la moderna perspectiva secularista adora al cuerpo y está dispuesto a que el hombre se convierta en un esclavo económico para tener seguridad para el cuerpo y sus necesidades. En la Edad Media hubo un falso idealismo místico que sobre enfatizó lo espiritual a expensas del cuerpo y de la vida natural del hombre. La iglesia recomendaba el modo de vida ascético como un medio para obtener el ideal de una cultura espiritual superior, pero solo tuvo éxito al dividir la vida en lo sagrado y lo secular, lo santo y lo profano. En consecuencia, no se enseñó un verdadero entendimiento del llamado en el sentido bíblico. La vida del hombre común era un abatido círculo de trabajo duro y monótono aliviado solo por los días santos de la iglesia, que se convirtieron en los días libres del laicado, como se puede notar en *Mardi Gras*.

Todo esto fue cambiado por la Reforma Protestante. Lutero y Calvino proclamaron la libertad del hombre común como uno que tenía un oficio de parte de

Dios. No era solamente el sacerdote quien tenía un llamado santo sino que todo hombre se hallaba ante la presencia de Dios (*Institución*, III, 10, 6). Pues todo hombre en Cristo es un profeta, sacerdote y rey restaurado, un agente de Dios en el mundo. Y puesto que Dios hizo al hombre un alma viviente, tanto su cuerpo como su espíritu expresan la imagen divina; de allí que la labor de sus manos, el trabajo de su cuerpo, incluso las funciones del cuerpo, no son pecaminosas o malas. Pues Pablo llama a los hombres a presentar sus cuerpos en sacrificio vivo para Dios, que es su servicio racional (Rom. 12:1). Esto no es un desprecio ascético por el cuerpo o la función económica de la labor física, sino más bien un reconocimiento del valor espiritual del hombre total. Por tanto, toda persona tiene un llamado y ninguno es inferior o infame. Pues, “Cada uno, pues, debe atenerse a su manera de vivir, como si fuera una estancia en la que el Señor lo ha colocado, para que no ande vagando de un lado para otro sin propósito para su vida... Baste con entender que la vocación a la que el Señor nos ha llamado es como un principio y fundamento para gobernarnos bien en todas las cosas, y que quien no se someta a ella jamás atinará con el recto camino para cumplir con su deber como debe” (*Ibid.*). Bajo esta concepción el trabajo del ama de llaves, sacudir el piso o sacar la leche de su cántaro (cf. *Melk-meisje* de Vermeer), no es inferior al del artista; y el trabajo del zapatero es tan ennoblecedor como el del constructor de puentes en tanto que los hombres trabajen como para el Señor, a partir de un sentido de la vocación divina. Pero, así como la ausencia de hombres y mujeres como clases en el orden de la salvación (Gál. 3:28) no elimina sus respectivas posiciones en la vida (Efe. 5:22-33), así la igualdad del lla-

mado divino entre la lechera y el artista no elimina una diferencia en la función social. La evaluación del trabajo no se realiza por lo *qué* un hombre hace, sino sobre el *porqué* y el *cómo* de su obra. Esto constituye una interpretación verdaderamente religiosa del trabajo, lo que a su vez depende de una antropología Cristiana. Y a su vez esto último no puede concebirse sin el entendimiento total Cristiano de Dios, el hombre y el universo. En resumen, la doctrina de la creación, la providencia y la redención son todas presuposiciones de la concepción Calvinista de la vocación Cristiana. Y la esencia de ese concepto es que la actividad cultural del hombre, su conquista de la naturaleza, es el servicio a Dios.

Creación implica llamado. El hombre recibe significado en la existencia por su servicio a Dios. Como representante de Dios en un Paraíso sin puertas el hombre fue llamado a servir a su Hacedor ejerciendo dominio sobre la tierra en el nombre de Dios. La Biblia nos enseña que este ideal fue perdido a través del pecado, de manera que el hombre de allí en adelante buscó su propio yo y divorció su cultura de la religión, o más bien la convirtió en su religión, divorciando su trabajo del servicio a Dios. Pero Cristo como el hombre total, es decir, sin pecado y completamente integrado al servicio de Dios, vino como Mediador para restaurar la humanidad perdida a su vocación perdida. Para este fin él reconcilió al hombre con Dios y ahora gobierna el mundo con una aguda espada y está pisando el lagar del vino del furor y de la ira de Dios (Apoc. 19:15, 16). Pero él gobierna a su pueblo con justicia por medio de su Palabra y de su Espíritu. De esta manera ellos son restaurados por medio del Espíritu de Cristo, así son una vez más ungidos

para el triple oficio de profeta, sacerdote y rey. De este modo el hombre es una nueva criatura, sensible a su alto llamado en Cristo. Entonces, este sentido de vocación es el fruto de la regeneración y de la restauración al compañerismo con Dios. Pues todos aquellos que están en Cristo no solo serán vivificados (I Cor. 15:22) en su segunda venida, ellos están ahora verdaderamente vivos, tienen vida eterna, por medio de la fe en su nombre (Juan 17:3). Pues el Sol de justicia ha nacido con sanidad en sus alas (Mal. 4:2) para todos aquellos que temen su nombre, pues él ha aparecido para reconciliar todas las cosas con el Padre. Por tanto, el Logos – Mediador – Rey es la presuposición, el Salvador y Transformador de la cultura. Pues él hizo de los hombres lo que eran en el principio – hijos de Dios, lo cual constituye en sí mismo la más grande transformación cultural. Pues así el hombre, quien es un extraño para sí mismo y no conoce el propósito de su ser o de su estancia aquí en la tierra, aprende el verdadero propósito de su ser y se conoce a sí mismo a través de su conocimiento de Dios. En una generación torcida y perversa en este presente mundo malo, Cristo, por el poder de Dios, recrea y transforma a los hombres y a las mujeres a la pureza y perfección del nuevo hombre, el cual fue creado en la justicia y santidad de la verdad (Efe. 4:15).

Es Cristo quien trae al hombre de vuelta a su poseedor legal y le restaura a su relación pactal de tener compañerismo con el Padre. Y Cristo como el segundo Adán es el gran Canon de la Cultura. Él se colocó a sí mismo contra la tradición de los ancianos y de los decretos de Moisés y dijo: “Pero yo os digo,” de manera que el pueblo se dio cuenta que hablaba con autoridad y no

como los escribas. Sin embargo, no abrogó ni una jota ni una tilde de la ley; pues él vino para cumplir, no para destruir la ley. Y llamó a todo obrero creado a presentar la suma total de todos los intereses acumulados de sus labores al gran Padre-Empleador-Juez. Cristo enseñó la parábola de los talentos al final de su ministerio y oró al Padre en su gran oración oficial para que no sacara a sus colaboradores del mundo, sino para que los preservara del maligno. Pues el servicio a Dios no consiste en refugiarse en un claustro o retirarse dentro de la vestimenta del auto-contentamiento propio y dejando el resto del mundo a sus propias estratagemas, sino que consiste en cultivar el campo, desarrollar la tierra, ser fructífero y tener dominio sobre la tierra. Para este *abc* de la responsabilidad del hombre en este mundo Cristo restauró a todos aquellos que participan de su unción. El mundo, como creación, era una sinfonía sin terminar. Dios llamó al hombre, su criatura cultural y colaborador, para asumir el trabajo y traerlo a la plenitud de aquella perfección que Dios había colocado en él en forma de promesa.

Ahora, la gloria del hombre, como nos lo recuerda Schilder, era esta, que él no era solamente una letra en el gran libro de la naturaleza, sino también lector e intérprete, uno que puede pensar los pensamientos de Dios a la manera de Él. Como verdadero profeta él conocía la verdad en el principio; como profeta restaurado, Cristo es hecho para él la sabiduría de Dios (I Cor. 1:30). El Calvinista confiesa que el hombre, aunque finito, estaba originalmente instruido así por Dios de manera que él conocía el verdadero significado de su existencia y de su relación para con Dios y el mundo. El Calvinista rechaza el espíritu de Lessing

que magnificaba la búsqueda de la verdad pero se desespera por nunca poder encontrarla. Pero insiste en que el hombre debe permanecer por siempre como un humilde re-intérprete de la realidad; debe estar dispuesto a vivir por la revelación. Dios es el único intérprete original y, por lo tanto, el punto de referencia final de la verdad. Él da significado a todo hecho. El hombre como criatura cultural en su oficio de profeta debe aprender a entender el significado que Dios le ha dado a su trabajo a través de su palabra, y por la investigación diligente en los misterios de la creación. Pero el hombre debe estar por siempre dispuesto a permanecer como un niño de buena voluntad, quien ama al Padre y trabaja para su gloria. Esto incluye al sacerdocio del creyente. Pues como sacerdote se ofrece a sí mismo como un sacrificio vivo y articula las alabanzas del Dador de todo bien y de todo don perfecto. Como tal no imita a Nabucodonosor o a Hitler y dice, “¡Miren esta gran Babilonia-Berlín que he edificado!” sino que se mantiene cultivando, edificando, desarrollando y explotando la tierra por la causa de Dios. Y la auto-cultura en la que el Cristiano se involucra no es con la causa de convertirse en alguna personalidad brillante por derecho propio, sino para que todos sus talentos, ahora latentes y sin desarrollar, puedan ser traídos a su plena fructificación para la gloria de Dios. El problema real con la auto-cultura del mundo es que degenera en la idolatría de adorar a la criatura en lugar de al creador. Esta es la esencia de la glorificación que Hollywood hace del cuerpo del hombre, hombre y mujer, y del sexo, el cual se encuentra más o menos en toda colonia de artistas. El pecador rehúsa a permanecer siendo una *letra* en el libro de Dios, estableciendo su alabanza; en lugar de ello, busca gloria y

honor para sí mismo. Pero hay una cultura y un progreso del yo para el desarrollo del oficio que Dios le ha dado al hombre, a saber, de tener dominio y gobernar en el nombre de Dios. Para este fin glorioso la intención de Dios en la creación debe ser averiguada al leer el libro de la naturaleza, para que sus leyes se conozcan y se conviertan en servidoras de la voluntad del hombre. Pues el conocimiento verdaderamente es poder, como Bacon dijo, pero ese poder debe ser dedicado al servicio a Dios.

Aunque el hombre es una unidad y sus facultades y funciones no pueden estar divididas, solamente abstraídas para el entendimiento científico, es especialmente en el ámbito del poder donde la cultura del hombre llega a expresarse. Pues el hombre, por el desarrollo de su propio poder físico, mental y artístico, su creatividad y la aplicación de ese poder al universo, produce la cultura. Y aquí yace la verdadera motivación para el trabajo. El trabajo no es meramente una necesidad para que el hombre pueda comer y vivir, una especie de mal necesario al cual todos están sujetos por parte de un destino impersonal, pero es el gozoso llamado del hombre, la criatura cultural, mediante el cual expresa su entendimiento de la realidad como profeta, por el cual se da a sí mismo en sacrificio vivo para cumplir el fin de su creación como sacerdote, y mediante el cual ejerce poder y dominio en el nombre de su gran Maestro de Obras, de quien es y a quien sirve. Entonces, el trabajo no es un resultado del pecado y un estorbo para el gozo del hombre, sino que es la sustancia de su servicio a Dios, el cual es el fin principal del hombre. Y el fenómeno moderno del hombre-masa alejándose del trabajo excepto como una cruel necesidad y el del trabajo tedioso y

monótono es el resultado del espíritu secularizador, el cual niega la demanda de Dios por el amor y servicio del hombre y establece al hombre como la parte más central e importante del universo. Así pues, la decadencia de la religión equivale a la decadencia cultural. Pues a pesar de los instrumentos de guerra y de música que los hijos de Lamec inventaron, lo que se constituye en cultura material, la familia humana estaba degenerándose – vea la bigamia de Lamec – mientras el fratricidio era glorificado y la violencia y la crueldad caracterizaban a la cultura de su día, por lo cual el primer mundo fue destruido por el Diluvio. La verdadera cultura a la cual Dios llama a la raza humana, a lo largo de sus interdictos a Adán y Noé (cf. Gén. 9:1ss.), es constructiva, no destructiva; produce madurez y fructificación, pero no corrompe ni desmoraliza. Nuestra falsa cultura de hoy es poderosa con máquinas, pero produce esclavos económicos en lugar de gozosos hijos de Dios. En realidad, hemos obtenido éxito, en gran medida, en la conquista de la naturaleza, pero ahora el hombre es un simple diente en la máquina que ha creado. Y “la gran ilusión de nuestro día es que la nacionalización o la socialización de la industria eliminará el impersonalismo y la explotación.”¹ En tanto que se carezca del sentido de llamado y de obligación para con Dios el gozo del trabajo no será vuelto a traer por ninguna sociedad colectivista; todo lo que puede lograr es una esclavitud industrial más efectiva, como Orwell tan dramáticamente lo describe en su obra *1984*.

Exactamente como la introducción del

1. E. Brunner, *Cristianismo y Civilización*, Vol. II (New York, 1948), p. 67.

Cristianismo por parte de Pablo en Roma, que estaba sufriendo de una cultura decadente y estéril, produjo una revolución en la cultura; e igual que la Reforma Protestante, después que la esterilidad de la sociedad feudal había traído al hombre común a un estado de servilismo y degradación cultural, revolucionó y revitalizó la cultura en Occidente, así ahora el mundo Occidental se halla en un punto muerto y en necesidad de nueva vida. “Una verdadera solución puede venir solamente por medio de un regreso a aquella concepción del trabajo que solo el evangelio puede dar – la concepción de que el trabajo, cualquiera que este sea, es el servicio a Dios y a la comunidad, y por lo tanto, la expresión de la dignidad del hombre” (*Op. cit.*). Esta dignidad no es inherente en el hombre como una cualidad de su ser, sino que procede de su relación con su Hacedor, siendo el hombre, al presente, el representante y agente suyo. Y en el sentido de llamado el hombre se hace consciente de esta dignidad otorgada por el creador. Él percibe el gozo de corresponder a su propósito como obrero de Dios, imitando al creador quien se regocijó en su habilidad artística. Pues el gran Arquitecto y Artista ha hecho todas las cosas buenas y bellas en su tiempo (Ecl. 3:11).

Por vocación divina el Calvinista quiere decir que el trabajo y la cultura no son un *puede ser*, sino un *debe ser*. El Cristiano no se involucra en la cultura porque haya todavía mucho bien en este mundo a pesar del pecado, o porque tenga tanto en común con el mundo que yace en oscuridad, sino que es una cuestión de obediencia Cristiana, o de llamado. Como tal el creyente no se ve a sí mismo principalmente como “uno que disfruta o aprecia” el bien y la belleza, sino como el desarrollador –

explotador de la buena tierra para Dios.² Para algunos parece inevitable, como redimidos por el Señor, el centrar sus mentes de manera tan exclusiva sobre la cruz de Cristo que olvidan su llamado cultural. Ciertamente este no fue el enfoque de los santos del Antiguo Testamento o de los escritores del Nuevo Testamento – observe la exhortación de Pablo a los esclavos a permanecer contentos en su llamado y a su énfasis continuo sobre la necesidad de que cada uno cumpla su llamado como para el Señor. Juan el Bautista, quien aún se encontraba en la antigua dispensación, amonestó a las tropas mercenarias a estar contentos con sus salarios, a no buscar liberarse de su llamado particular después que fuesen convertidos (Luc. 3:14). Tampoco Pedro le aconsejó a Simón el curtidor, o a Cornelio el centurión, a dejar sus respectivas vocaciones y a convertirse en obreros de tiempo completo en el reino. La conversión no absuelve a una esposa de sus obligaciones y responsabilidades diarias como esposa y madre. Pablo anima a todos a trabajar con sus manos y a vivir sobriamente en sus variadas vocaciones (I Tes. 4:11, 12; II Tes. 3:10-12), cada uno trabajando con tranquilidad, comiendo su propio pan. Por lo tanto el Calvinista no se convierte en un unilateral, tanto en el aspecto Cristológico como soteriológico, en su interpretación del llamado Cristiano del hombre, sino que continua haciendo de las doctrinas de la creación y la providencia parte de su capital de trabajo. No cree, como algunos otros Cristianos parecen creer, que Dios ahora excusa a los creyentes de su llamado cultural debido a la

2. Klaas Schilder, *Wat is de Hemel?* (Kampen, 1935), p. 284.

urgencia del mandato misionero, el cual llama a la iglesia a hacer discípulos de todas las naciones.

La relación del llamado cultural, el cual llega a todos los hombres en virtud de la creación, del cual el Cristiano no está exento, con el mandato misionero que le llega a la iglesia del Nuevo Testamento, es en verdad un problema serio y agudo para aquellos que buscan conocer la voluntad de Dios. Como criatura y portador de la imagen de Dios el hombre es llamado a llenar la tierra, a sojuzgarla y tener dominio sobre ella; como nueva criatura en Cristo, el Cristiano es llamado a hacer discípulos a todas las naciones, enseñándoles a guardar todas las cosas que Cristo ha mandado. La solución, como la ve este autor, ha de encontrarse en dos factores que aparecen entremezclados con los hechos. Uno es que Jesús no llamó a todos los hombres como individuos a la tarea especial de ser pescadores de hombres, el argumento moderno de que todo Cristiano debe ser un misionero, sino todo lo contrario. Cristo llamó a los doce a ser pescadores de hombres y les hizo apóstoles (Juan 1:37-51; Mat. 4:18-22; 10:1-16); también llamó a setenta para ir antes que él a todo lugar, adonde él mismo llegaría (Luc. 10:1). En relación con esto último le dijo a uno de aquellos que él reclutaría para esta tarea que dejara que los muertos enterraran a sus muertos, “y tú ve, y anuncia el reino de Dios” (Luc. 9:60). En otras palabras, este hombre tenía que abandonar su llamado terrenal y renunciar a todo por causa de la predicación del reino, para publicar en otras tierras el mensaje del evangelio. Pero este no era el requerimiento universal del discipulado. Y aunque se presume que todos los apóstoles fueron capacitados y separados para misiones especiales

de predicación, la primera iglesia Gentil no procuró enviar hacia fuera a todos sus convertidos para enseñar a las naciones, pero, al mandato del Espíritu separaron a Pablo y a Bernabé (más tarde este equipo se dividió en dos y en consecuencia se enviaron dos equipos) de entre sus propios maestros y profetas locales (no todos eran maestros y profetas) a la obra a la cual el Espíritu les había llamado (Hch. 13:1-3). Tampoco el mismo Cristo, ni ninguno de sus apóstoles, dio a entender que todo creyente tenía que ser un misionero. En verdad, el término “misionero” en el Nuevo Testamento tiene la connotación especial de uno que es enviado por la iglesia para buscar a aquellos que se hallan fuera. Sin embargo, el amor de Cristo también constriñe a todo Cristiano a dar testimonio vocal a los pecadores perdidos y a llamarles al arrepentimiento. Por lo tanto, el mandato misionero es cumplido por aquellos que tienen un llamado cultural.

En segundo lugar, hay una diferencia entre los dos mandatos en cuanto al carácter de sus destinatarios. El mandato cultural es dirigido a todos los hombres a través de Adán como cabeza representativa, y después del Diluvio a Noé, mientras que el mandato misionero es dirigido a la iglesia de Jesucristo como organismo, dirigido por medio de sus agentes portadores del oficio quienes se hallaban presentes al momento de la ascensión. Es claro que este era el entendimiento llano de los discípulos a partir del hecho de que siempre asignaron a ciertos maestros y profetas y apóstoles para la tarea de la evangelización, pero nunca pensaron sobre esto como la tarea de todos en la iglesia. Y no todos fueron calificados por el Espíritu como lo fueron Esteban, Pablo, Bernabé, Silas, y fueron todos ellos

acreditados como lo fue Timoteo por la imposición de las manos del presbiterio. Un paralelo a esta interpretación de lo cual a algunos les parece una paradoja – a saber, el llamado a la cultura y el llamado a predicar el Evangelio, se halla en la prohibición contra el asesinato y el mandamiento del Señor de ejecutar su ira sobre los malhechores hasta el punto de la pena capital. La solución es simple. Dios le prohíbe al hombre como individuo a tomar la vida de su semejante; el sexto mandamiento lo mismo que el mandamiento que prohíbe el derramamiento de sangre dirigido a Noé y sus hijos, y la exhortación de Pablo a los Cristianos de no vengarse ellos mismos, son todos dirigidos al hombre como individuo. Todos los hombres son responsables ante Dios por la vida de sus semejantes. Pero además Dios ha establecido gobiernos a causa de la depravación de la humanidad, “con el fin de que lo disoluto de los hombres pueda ser restringido.”³ Y a la humanidad como entidad social, como concebida genéricamente, Dios le dijo que cualquiera que derramara sangre de hombre por el hombre su sangre será derramada (Gén. 9:6). Además, el asesino y el malhechor deben ser ejecutados según la ley de Moisés; y por medio de Pablo Dios nos asegura que los gobiernos no llevan la espada en vano sino que es un instrumento de Dios para ejecutar ira sobre el malhechor (Rom. 13:1-7). Por lo tanto, los dos interdictos divinos no son contradictorios, sino que uno es dirigido al hombre como individuo en la sociedad mientras que el otro es dirigido a la sociedad como un todo. De igual manera los dos mandatos, el cultural y el misionero, no

están en contradicción el uno con el otro, como si el Cristiano estuviese desobedeciendo uno mientras obedece el otro. Pero el Calvinista cree que los creyentes deben cumplir ambos mandatos. Sin embargo, uno llega a él de Dios como creador del cielo y de la tierra simplemente en virtud de su condición de criatura a la cual es restaurado por medio de Cristo. De esta manera él puede funcionar como portador de la imagen de Dios en la sociedad para cumplir el mandato cultural para la gloria de Dios. El otro mandato es dirigido a la iglesia como cuerpo de Cristo y llega al creyente en virtud de su nueva creación en Cristo. Pero la iglesia ejecuta este mandato, como lo hizo Antioquia de Pisidia en los días de Pablo, escogiendo y enviando a quien se cree está acreditado y calificado por el Espíritu. Pero todo Cristiano en su búsqueda cultural como miembro de la iglesia de Jesucristo está respaldando aquella obra especial de la iglesia con sus oraciones, con sus ofrendas, con todo su ser puesto que ofrece su cuerpo como un sacrificio vivo para Dios. En pocas palabras, él es un hombre consagrado. Trabaja con todas sus fuerzas como para el Señor, en un sentido doble. Pues en sus labores culturales busca cumplir la voluntad de Dios al funcionar en el ámbito del poder, controlando a la naturaleza y a los hombres por la causa de Dios, en humilde obediencia al mandato divino. Pero además, todo el producto de su cerebro y de su fuerza muscular es dedicado a la venida del reino de Cristo; no llama suya propia a ninguna cosa, pero tiene todos sus bienes en común en lo que a las necesidades del reino concierne. Se considera a sí mismo solamente un mayordomo de lo que Dios le ha dado y dirige sus asuntos de la forma más clara y

3. *Confesión de Bélgica*, Art. 26, en *Himnario del Salterio*, (Grand Rapids, 1934), Sección Litúrgica, p. 19.

eficiente dado que está administrando una parte de los bienes del Padre celestial a quien pertenecen todas las cosas, de quien es y a quien sirve. Por lo tanto, la doctrina Calvinista de la vocación saca a los hombres del peso y servidumbre de la necesidad económica y los transforma en un reino de sacerdotes para Dios. Esta es la libertad Cristiana de la cual habló Calvino de manera tan incisiva e inimitable.

No hay sugerencia en los párrafos precedentes de que los Cristianos han de divorciar sus labores culturales de la cruz de Cristo o de bifurcar sus vidas en dos segmentos paralelos, uno cultural y el otro religioso. Todo este libro es, de hecho, una apasionada protesta contra tal cosa. Y el reinado de Cristo en la vida del creyente excluiría esa solución. Tampoco es que un creyente ha sido llamado a la cultura y el otro a la empresa misionera. El punto que el autor ha tratado de señalar es que todo Cristiano está de hecho cumpliendo ambos llamados, pero que hay una cierta división del trabajo. Sin embargo, como se indicó antes, el misionero está indirectamente trayendo una nueva cultura, esto es, una cultura Cristiana en la que los hombres son hechos nuevas criaturas en Cristo a través de su predicación, para reemplazar la cultura pagana. Pero más allá de todo ello, puesto que Cristo ha juzgado al mundo por su cruz (Juan 12:31), las labores culturales de los Cristianos no pueden sino reflejar ese juicio sobre el mundo. Y el portador de la cruz, a quien el Cristo llama sus seguidores, no está limitado a la injuria o al insulto personal debido a al testimonio fiel para Cristo, o debido a la vida religiosa de uno en el estrecho sentido cultural, pues las labores culturales de los Cristianos pertenecen a la carrera del Cristiano de testificar y llevar

la cruz. La antítesis entre los portadores de la cruz y los portadores de cultura entre los Cristianos es una antítesis falsa, puesto que todos los Cristianos son, por el hecho de la regeneración, portadores de una cultura extranjera, a los ojos del mundo. Son extraños a los ojos del mundo. Son una nación santa, un pueblo para la propia posesión de Dios (I Pedro 2:9). Por esto el mundo odia al Cristiano y su cultura. Pues si los hombres confiesan como su motivación el amor de Dios y sostienen la ley de Dios como su norma, mientras proclaman la gloria de Dios como la meta de su esfuerzo cultural, será los hazmerreír del mundo. Pues la cultura de uno es siempre la expresión del status de uno en el pacto, el cual regula la relación del hombre para con Dios. Y aquellos que quebrantan el pacto y viven en enemistad contra Dios no pueden mirar con aprobación a aquellos que someten sus vidas a la voluntad de Dios, pues de esta forma se condenarían ellos mismos.

Es más, el portar la cruz tiene una referencia subjetiva en la vida del Cristiano. Pues incluso en el cumplimiento de su llamado cultural el creyente está destinado a mortificar las obras de la carne y a crucificar su vieja naturaleza, aunque ciertamente no en el sentido dialéctico en el que toda condición de criatura como tal yace bajo juicio. Pues aún el esfuerzo cultural del Cristiano tiene siempre una tendencia a volverse justicia por las obras. Es apta para degenerarse en una auto-búsqueda egoísta en la que Cristo ya no es enaltecido. Entonces emerge una nueva torre de Babel bajo la bandera del Cristianismo, no desafiando a Dios ante su rostro sino glorificando el trabajo del hombre para Dios en complacencia de auto-justicia. Por lo tanto el esfuerzo cultural del creyente debe siempre ser juzgado

sobre la base de la norma de la Palabra. Sobre esto debe aprender a decir con Pablo, “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.” De allí que el empeño cultural de los creyentes deba siempre ser un cumplimiento obediente y de negación al yo de la voluntad de Dios por causa de Cristo.

Anteriormente se hizo referencia a la distribución del talento por lo cual todo individuo es responsable de dar cuentas por el uso en el que ha colocado su capital. Pero debiera recordarse que la regeneración y la redirección de la vida del pecador no incrementa o disminuye el número de talentos que ha recibido. Esto, sin duda, explica en parte los logros científicos de la civilización Cristiana. Brunner afirma que el motivo de subordinar toda la actividad humana para la gloria de Dios “ha sido una fuerza directiva de creatividad al más alto grado. La historia de la cultura en los tiempos de inicios del Cristianismo, en el medioevo, y en las épocas de la Reforma y de la post-Reforma es una gran prueba de esa tesis.”⁴

Y aunque el Calvinismo mantiene esta motivación en común con todas las otras ramas de la iglesia Cristiana, su distinción yace en el hecho de que ha convertido, de manera más auto-consciente, la meta de la gloria de Dios en la verdadera motivación de la vocación Cristiana. Lutero, en verdad, magnificó el llamado Cristiano en contra de la depreciación medieval de la vida natural del hombre. Pero moderó esto al decir que el Evangelio no tenía nada que ver con las cosas del mundo, afectando solamente las almas. Por lo tanto, Lutero se hallaba perfectamente dispuesto de dejar los intereses

de la vida presente en manos de las autoridades terrenales, reyes y príncipes. En consecuencia, para la política, la ciencia y la cultura en general la suprema autoridad no fue buscada en la Palabra sino en la razón y la tradición. No es difícil ver que el impulso secular del hombre moderno por liberar la cultura, no solamente de la tutela de la iglesia sino de emanciparla de la autoridad de la Palabra, es simplemente la conclusión lógica de la división de Lutero entre espíritu y materia, el alma y el cuerpo. De hecho, Lutero no superó ni escapó al dualismo de Roma. Al hacer este juicio el autor no excusa al Calvinismo de la responsabilidad por la moderna maldición del secularismo ni intenta sugerir que uno debiera quitarse la toga de la auto-complacencia de manera violenta con respecto a uno mismo con una imparcialidad engreída. En realidad, es una triste reflexión sobre la impotencia del Calvinismo el cual no ha sido capaz de oponerse exitosamente al flujo del secularismo en la vida moderna con su desarrollo de una cultura impía. Como resultado no hay hoy un auténtico sentido de llamado sino un énfasis en la creatividad por causa propia. Esto nos da forma sin contenido – el abstraccionismo. La tecnocracia proclama que la producción es la meta del hombre económico con el propósito de satisfacer sus apetitos, lo cual tiene un efecto deshumanizante. “El separar la cultura del Cristianismo produjo la creencia fatalmente errónea de que la cultura o la creatividad no necesita subordinación a una unidad superior, sino que puede vivir por sus propios recursos.”⁵

Es exactamente en este punto crítico donde la concepción Calvinista de la voca-

4. E. Brunner, *Op. cit.*, Vol. I, p. 145.

5. *Op. cit.*, p. 153.

ción Cristiana es la cura para el moderno secularismo deshumanizado. Pues el Calvinismo niega que la unidad significativa de la existencia humana se halle en los recursos humanos sino que señala a la creativa voluntad divina de Dios como la fuente del significado humano. El Calvinismo no sucumbe al cientismo. No dejará que la ciencia tenga competencia en el ámbito de los fines. Pues la ciencia solamente puede describir los hechos, el significado de los cuales deben ser determinados por la revelación. De allí que la emancipación de la mente moderna de la revelación Cristiana constituya la ruina de la cultura moderna. Los tristes resultados son evidentes por todas partes: la adoración del conocimiento de la naturaleza y la negación de lo sobrenatural, el *cientismo*; la adoración de lo bello por causa propia y la negación de algunas consideraciones morales o espirituales al expresar su ideal, el *esteticismo*; la adoración del poder por causa propia y la negación de todo valor humano por causa de la supremacía del estado, ¡el *totalitarismo*! Debiera ser evidente que la degeneración cultural debido a la proclamación de la autonomía humana es más notoria en las formas modernas de totalitarismo político, dado que el estado posee el poder de la espada para forzar a todos aquellos dentro de sus fronteras a aceptar su definición del significado de la vida y a lavar el cerebro de los disidentes. Sorprende poco que los Americanos en general se hayan vuelto con horrorosa indignación en contra de los dictadores, quienes personificaron esta ultimidad de la cultura deshumanizada que resulta de la negación del llamado del hombre bajo Dios. Pero los Americanos, espiritual y culturalmente, quienes sufren del cientismo y del esteticismo, son tan malvados a los ojos de Dios y están tan lejos de

alcanzar una existencia significativa como los Alemanes o los Rusos bajo Hitler y Stalin respectivamente. El mismo mal es evidente en la manía por los deportes del mundo moderno. El jugar el juego ya no es un medio para un fin, a saber, el relajamiento y la recreación de manera que el jugador regrese a su trabajo refrescado y revigorizado y así cumplir su llamado, sino que se ha vuelto, y esto millones de veces multiplicado, en un fin en sí mismo. Los hombres trabajan para jugar, igual como viven para comer. Esto es colocar al revés el orden de la naturaleza. Esto constituye una negación del mandato cultural de Dios y su afirmación y demanda del servicio del hombre en este mundo. En contra de esta actitud de la cultura moderna el Calvinista proferirá una protesta vehemente y les recordará a sus semejantes la doctrina bíblica de que toda persona tiene un llamado divino en la vida para servir a su creador. Tal servicio le da al hombre un sentido de júbilo y liberación, pues el Cristo, quien llama a los hombres a aquella gloria original de ser hijos y siervos del Altísimo ha dicho, “¡Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”!